

# LA TORRE DE SANCHO DE MANUEL: UN ASENTAMIENTO DEL HIERRO ANTIGUO EN LA LLANURA DEL CAMPO LORQUINO

\* **Benjamín Cutillas Victoria**

Doctorando de la Universidad de Murcia

## PALABRAS CLAVE

Hierro antiguo  
Sureste peninsular  
Grupos indígenas  
Interacción cultural  
Poblamiento en llano  
Patrones arquitectónicos

## KEY WORDS

*Early Iron Age  
Iberian Southeast  
Indigenous groups  
Cultural interaction  
Settlement in plain  
Architectural patterns*

## RESUMEN

En las excavaciones arqueológicas de 1990 en la Torre de Sancho Manuel (Lorca), se identificó, entre otras fases, una correspondiente a la Edad del Hierro antigua. Este asentamiento en la cuenca del río Guadalentín aporta una visión complementaria para comprender el contexto histórico que se desarrolla en el sureste peninsular durante los siglos VIII y VI antes de Cristo, donde las dinámicas socioeconómicas y culturales autóctonas se ven alteradas ante los nuevos estímulos exógenos que llegan desde las colonias fenicias instaladas en la costa levantina.

## ABSTRACT

*In the archaeological excavations in the Torre de Sancho Manuel (Lorca, Spain), was identified one the deposit an ancient phase from the Iron Age. This settlement located in the river Guadalentín basin provide complementary information to understand the historical context that it developed in the Iberian Southeast between the VIII and VI centuries B.C. This period is characterized by the alterations of the socioeconomic and cultural indigenous dynamics in consequence of the new exogenous stimuli coming from the Phoenician colonies installed in the Levant coast.*

---

\* [benjamincutillas@yahoo.es](mailto:benjamincutillas@yahoo.es)

## 1. INTRODUCCIÓN

A partir del siglo VIII antes de Cristo un nuevo panorama cultural se inicia en el sureste de la península Ibérica con el comienzo de los contactos entre sociedades autóctonas y grupos culturales exógenos que no solo arriban a las costas con el objetivo de comerciar, sino también con el de permanecer e instalarse en el territorio. Esta situación forma parte de una dinámica mayor que se está dando, al menos, desde el siglo X antes de Cristo en el mar Mediterráneo, haciendo de él un espacio complejo y completamente interconectado a causa de los movimientos de expansión fenicia que conllevan la fundación de colonias y factorías en diversos puntos de las costas mediterránea y atlántica. Este mundo fenicio, colonial y comercial, se conoce cada día mejor gracias a la gran cantidad de estudios y publicaciones que se suceden desde cualquier punto del Mediterráneo. Sin embargo, el conocimiento no es tan abundante si nos fijamos en la otra parte protagonista de este hito histórico: la autóctona.<sup>1</sup>

Ante esa laguna de investigación todavía hoy existente respecto a los yacimientos indígenas, es hacia donde dirigimos nuestra línea de investigación, pues es imposible conocer el fenómeno histórico que de esta realidad se desprende sin conocer una de las partes fundamentales de la ecuación. Más aún si consideramos que la determinación autóctona ayudó a contribuir a la generación de un espacio de intercambio bidireccional, no solo de materiales, sino también de ideas, tecnologías, individuos, etc., junto a los colonizadores fenicios, y cuya atmósfera relacional indica que, generalmente, las relaciones se dieron en condiciones de igualdad, al menos en los primeros siglos de contactos. Sin embargo, la carencia investigadora que se mencionaba para el ámbito general también se reproduce en el escenario más concreto que ahora interesa, el sureste peninsular, concretamente el territorio relacionado con el municipio de Lorca en primer término, y con las provincias de Almería, Murcia y Alicante en una escala mayor.

En la actualidad se conocen a lo largo de la cuenca del río Guadalentín algunos enclaves con datos para el Bronce final y el Hierro antiguo, sucintos en la mayoría de los casos a excepción de las intervenciones sistemáticas sobre El Castellar de Librilla (ROS, 1989) o la excavación del Cabezo de la Fuente del Murtal en Alhama (LONBA y CANO, 2002). Similar situación se encuentra en el municipio de Lorca, donde apenas se cuenta con la información de algunos yacimientos detectados mediante prospección y alguna intervención de urgencia que trataremos con posterioridad. Sin embargo, al sureste del municipio citado, en la pedanía de Cazalla, se encuentra el yacimiento arqueológico de la Torre de Sancho Manuel, una villa romana bajo la cual se encontró durante el transcurso de una intervención arqueológica en 1990 una fase adscribible al Hierro antiguo (MARTÍNEZ, 1990) (Fig. 1).

La elección del yacimiento de la Torre de Sancho Manuel parecía un hito acorde para proseguir la línea de investigación expuesta con anterioridad, ya que permitía estudiar una fase de un asentamiento autóctono del Hierro antiguo que, si bien se encontraba publicada en modo preliminar, no se había estudiado de forma exhaus-

---

1 Nos gustaría comenzar este trabajo agradeciendo al director del Museo Arqueológico de Lorca, Andrés Martínez Rodríguez, y a todo el personal del museo, el trato y la amabilidad con la que me recibieron durante los meses que duró el período de estudio de los materiales de la Torre de Sancho Manuel.

tiva ni en su patrón arquitectónico ni en el material. Además, su ubicación en el corredor del Guadalentín, lejos de la desembocadura del río Segura y la colonia de La Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante), pero cercana al entorno litoral de la bahía de Mazarrón donde se conocen enclaves fenicios como Punta de los Gavilanes, permitían la posibilidad de estudiar por primera vez un enclave autóctono en llano de esta zona abierto a las distintas influencias culturales del momento, tanto indígenas como fenicias.

**Figura 1.** Situación del yacimiento arqueológico de la Torre de Sancho Manuel. Elaboración propia.



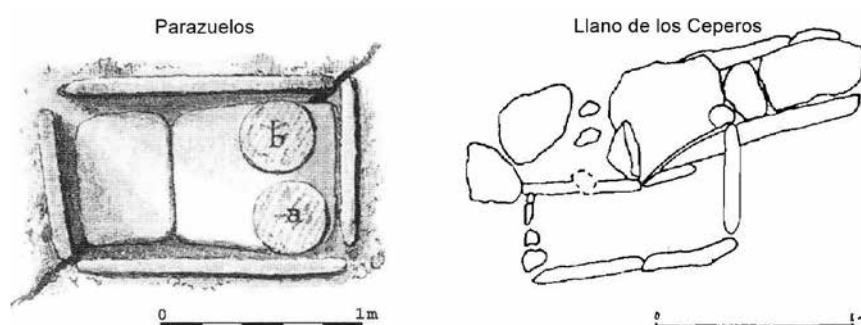
De esta manera, nos hallábamos ante una oportunidad única para aportar nuevos datos sobre los grupos autóctonos durante el Hierro antiguo de la zona de Lorca e indagar acerca de cuál fue su grado de implicación en los nuevos sistemas bidireccionales que se pusieron en marcha en el sureste, aproximándonos así de una manera más minuciosa y exacta al conocimiento de esta etapa de la prehistoria reciente peninsular.

## 2. LORCA Y SU TERRITORIO EN EL MARCO TEMPORAL DE LA INVESTIGACIÓN: ESTADO DE LA CUESTIÓN

Hablar de Bronce final o Hierro antiguo en Lorca no debería ser algo superfluo en este municipio, pues en las proximidades de su territorio litoral encontramos en el vecino municipio de Mazarrón uno de los yacimientos que, a finales del siglo XIX, permitió a los hermanos Siret plantear la primera sistematización sobre la prehistoria reciente del sureste peninsular. Nos estamos refiriendo a la necrópolis de incineración de Parazuelos, uno de los trabajos de excavación que ayudó a componer la paradigmática obra *Les premiers âges du Metal dans le Sud-Est de l'Espagne* en el año 1887. No obstante, en esa primera obra los Siret entienden Parazuelos –al igual que otros casos como Campos, Qurénima o Caldero de Mojácar– como una necrópolis interior de un poblado de la Edad del Cobre (ROS, 1989, p. 24) por su ubicación sobre esos asentamientos calcolíticos o por hallazgos como brazaletes metálicos o cuentas pétreas (LORRIO, 2008, p. 20-21) que apuntaban a los primeros orígenes de la Edad de los Metales.

Habría que esperar hasta 1893 cuando, el pequeño de los hermanos, Luis, publicaría su artículo *L'Espagne préhistorique* relacionando estos enterramientos con el final de la Edad del Bronce por las analogías que presentaban con las de las necrópolis con influencias fenicias excavadas en la misma región (LORRIO, 2008, p. 26), identificando ya en el sureste la primera Edad del Hierro a partir de las tumbas más antiguas de Villaricos, datadas entre el 800 a. C. y el siglo V a. C. De esta manera, Luis Siret fue capaz de relacionar un horizonte cultural amplio que correspondía a un tiempo cronológico concreto que recibiría finalmente el nombre de Bronce final y sería sistematizada con posterioridad en los trabajos de Fernando Molina en tres subetapas (1978, p. 199-224): Bronce final I o inicial; Bronce final II o pleno; y Bronce final III o reciente. Sería durante esta última cuando comenzarían a detectarse las influencias que las factorías fenicias del mediodía peninsular iban a ejercer sobre los poblados indígenas del sureste llegando progresivamente al Hierro antiguo.

Muy cerca de esa necrópolis de Parazuelos, se encuentra la necrópolis de incineración de El Llano de los Ceperos, esta última en el término municipal de Lorca pero a escasos kilómetros de la primera, lo que lleva a hablar de un *complejo cultural* unitario Parazuelos–Llano de los Ceperos que va más allá de las separaciones territoriales actuales. Se trata de una necrópolis de incineración fechada en el Bronce final reciente (RAMALLO, 1981) dentro de un área que se presenta como un complejo poblacional dedicado en su actividad primordial al trabajo del mineral del cobre, probablemente su mercancía más valiosa para participar en los intercambios comerciales tanto en la costa como en el interior (ROS, 1985, p. 118). En cuanto al tipo estructuras funerarias, se identifican sepulturas de incineración formadas por piedras hincadas que se distribuían en planta circular o rectangular, quedando la urna en su interior, y que podían estar tapadas por una laja (RAMALLO, 1981). De esta manera se perfilan como el tipo de enterramiento indígena más común durante el Bronce final del sureste, al menos desde la fase plena como atestiguan los hallazgos de Les Moreres en Crevillente, Caldero de Mojácar, Barranco Hondo, Qurénima y Caporchanes en Almería, Santa Ana en Jumilla o la propia Parazuelos (Fig. 2).



**Figura 2.** Dibujo por parte de los hermanos Siret de la Tumba 1 de Parazuelos (LORRIO, 2008, p. 76) y planta de una de las sepulturas del Llano de los Ceperos (RAMALLO, 1981, p. 30).

Sobre este horizonte cultural, previo a la llegada de las influencias coloniales, tenemos un conocimiento que, aunque escaso, parece sólido al observar que comparte unas similitudes básicas con el resto de hallazgos del sureste peninsular. Sin embargo, como el lector puede apreciar, únicamente se cuenta con información de tipo funerario, desconociendo casi por completo patrones de otra índole como económicos, de asentamiento, arquitectónicos, etc. En relación a esta etapa en Lorca, únicamente se hallan evidencias de restos materiales adscribibles al Bronce final –así como como al Bronce tardío– en la prospección efectuada en las laderas del cerro del Castillo (ROS, 1987). Su lugar de emplazamiento fue elegido por su condición de nudo de comunicaciones a través del corredor Guadalentín-Segura, tanto con

las tierras de las vegas media y baja de este último río que lo conectan al eje viario del río Vinalopó; como en dirección contraria, con el eje poblacional del río Almanzora y el área costera de Águilas-Terreros (ROS, 1987, p. 1482). Sin embargo, a pesar de la intensa actividad arqueológica que ha sufrido Lorca en las dos últimas décadas, no se han documentado niveles de estas cronologías en el interior del actual casco urbano o en el propio cerro.

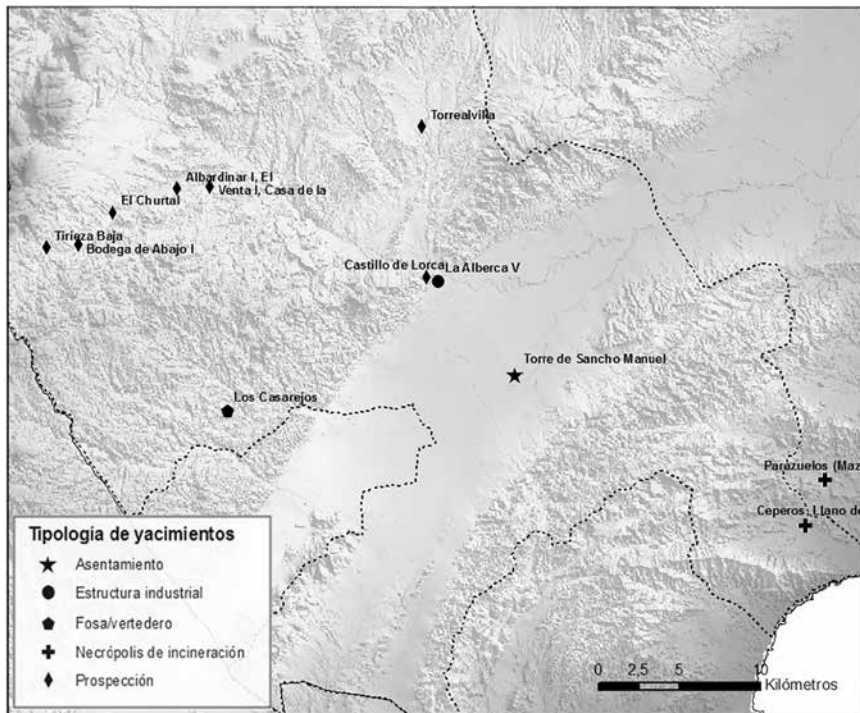
Similar situación se dibuja en el municipio si nos adelantamos en el tiempo hasta el Hierro antiguo (siglos VIII-VI a. C.). Aunque se cuenta con un mayor número de yacimientos identificados e intervenidos, en este caso el panorama descrito anteriormente se invierte, pues se conocen una serie importante de datos acerca de los asentamientos pero desconocemos por completo el terreno funerario. No obstante, en este horizonte contamos con mayores datos procedentes de los asentamientos intervenidos tanto en la cuenca del Guadalentín como en la cuenca del Segura, lo que permite comprender de una forma más integrada las dinámicas que se suceden para estas cronologías en Lorca. Centrándonos en los datos del municipio lorquino, con el fin de conocer qué estado de la investigación existe en el entorno más próximo del yacimiento de la Torre de Sancho Manuel, se debe señalar la existencia de tres yacimientos intervenidos directamente y otros tantos identificados a partir de prospecciones sistemáticas.

En cuanto a los primeros, destaca, por un lado, en el centro de la ciudad de Lorca el hallazgo de una estructura industrial encontrada en las excavaciones arqueológicas preventivas efectuadas con motivo del Plan Especial de Reforma Interior de la zona de La Alberca. Durante las intervenciones en el solar denominado Alberca V se exhumó una estructura correspondiente a un horno de alfarero, cuyas características formales responden a su construcción mediante la excavación de una fosa en la tierra para el alojamiento de la cámara de planta elíptica, mientras que las paredes, revestidas interiormente de adobes, arrancan desde el suelo de la fosa insinuando una tendencia abovedada (MARTÍNEZ, 1999, p. 239). Según su excavadora, la filiación de esta estructura se encontraría entre los siglos VII-VI antes de Cristo al haberse identificado fragmentos de soporte cerámico tipo morillo junto a fragmentos de ánfora Vuillemot R-1 que se asemejan a los encontrados durante la Fase III de El Castellar (MARTÍNEZ, 1999, p. 242-243). Esta es la única información que conocemos en relación al material encontrado en su interior o asociado a esta estructura, el cual no ha sido, por el momento, posible de revisar.

Por otro lado, el segundo caso con el que se cuenta es el yacimiento de Los Casarejos, interpretado por su excavadora como una fosa y/o un basurero aislado (MANCHA, 2010) con materiales que parecen poder ser adscritos a esta cronología. No obstante, sus conclusiones, al ser una intervención de urgencia en un área muy concreta, no pudieron ir más allá de la mera descripción de los materiales. En torno a esta intervención surgen numerosos interrogantes que nos animan a revisar en un futuro próximo todo lo relacionado con este yacimiento, pues de confirmarse su identidad como basurero, implicaría la existencia cercana de una unidad de habitación o producción, ya fuera temporal o estable en el tiempo, que explicara su origen en una zona geográfica donde se desconoce cualquier tipo de información referida al Hierro antiguo o el Bronce final.

Por último, en relación a los hallazgos mediante prospección, al norte de la ciudad de Lorca se ha localizado un poblamiento concentrado en el valle del río Corneros, afluente del Guadalentín, detectándose en prospección cinco yacimientos que se

han adscrito al Hierro antiguo: Bodega de Abajo I, El Albardinar I, El Churtal, Casa de la Venta I y Tirieza Baja (SÁNCHEZ *et al.*, 2000-2003). Dicha concentración estaría con probabilidad muy ligada con el núcleo de primera entidad que se presupone para la ciudad de Lorca, formando parte de la red que articularía el poblamiento mediante los cauces fluviales, como ocurre también para el asentamiento de Torrealvilla, en plena vía natural de penetración que comunica el valle del Guadalentín con la comarca del noroeste. No obstante, el estado de investigación actual impide realizar cualquier planteamiento con cierta solidez acerca de estos yacimientos. De esta manera, vemos cómo los hallazgos del Bronce final y del Hierro I, salvo alguna excepción, tienen un carácter puntual o apenas se han estudiado. No obstante, como veremos a continuación, la intervención de la Torre de Sancho Manuel se sitúa como el descubrimiento más revelador para estas cronologías dentro del término municipal de Lorca (Fig. 3).



**Figura 3.** Mapa de los yacimientos de Bronce final y Hierro antiguo del Municipio de Lorca. Elaboración propia.

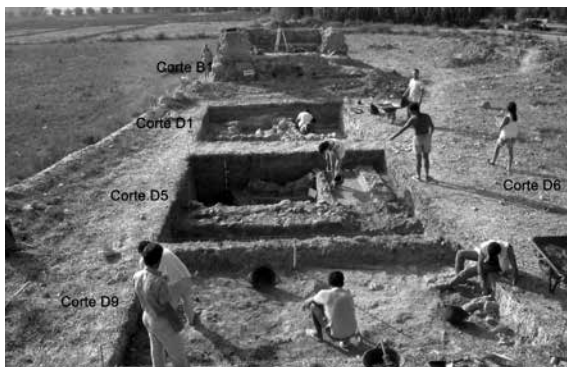
### 3. LA INTERVENCIÓN ARQUEOLÓGICA DE 1990: UNOS HALLAZGOS INESPERADOS

En el paraje conocido como La Torre, a unos ocho kilómetros al sureste de la ciudad de Lorca, se encuentran los restos de una torre medieval cuya existencia le da nombre al lugar. Esta, conocida como Torre de Sancho Manuel o también como Torre del Araíllo, está atribuida a los mudéjares por su mayor modulación, superficie y homogeneidad respecto a las islámicas (MARTÍNEZ, 1997, p. 170), y fue probablemente mandada construir por el alcaide de Lorca del que recibe su denominación, Sancho Manuel, tras la victoria contra los musulmanes en el Cabezo de Velilla

en 1340 (MARTÍNEZ, 1997, p. 166) para reforzar y controlar la importante vía de comunicación entre los valles del Guadalentín y del Almanzora.

A pesar de la singularidad del torreón, la motivación que llevó a que se interviniese sobre este yacimiento fue otra: la existencia de una villa romana bajo la estructura medieval. La primera referencia al yacimiento romano se encuentra en la obra dedicada a la Provincia de Murcia en el *Catálogo Monumental de España* (González Simancas, 1905, en: MARTÍNEZ, 1990, p. 142) en el que se menciona el hallazgo de cimentaciones de un edificio romano, restos de los mosaicos que cubrían los suelos, esculturas de mármol blanco hechas pedazos, y tinajas de gran tamaño. Su descubrimiento casual se produjo por la roturación en 1902 de los bancales donde se extiende el yacimiento (MARTÍNEZ, 1990, p. 142), dejando al descubierto la casi totalidad de la cimentación del torreón y de parte de las estructuras romanas.

Finalmente, el estado del yacimiento cada vez más dañado por las continuas remociones y la continuada explotación de la finca, motivó la intervención arqueológica sobre el yacimiento entre el 9 de agosto y el 15 de septiembre de 1990 dirigida por Andrés Martínez Rodríguez, junto a un grupo de licenciados y alumnos de la especialidad de Historia Antigua y Arqueología de la Universidad de Murcia, con el objetivo de documentar la torre y su entorno inmediato. El yacimiento se dividió en cuatro sectores (A, B, C y D) centrándose los trabajos de la campaña en el sector D así como en el interior y el exterior inmediato de la propia torre, que constituyó parte del sector B (Fig. 2). Definitivamente fueron cinco los cortes abiertos, uno para el estudio del torreón medieval y cuatro en el sector D (D1, D5, D6 y D9) (Lám. 1).



**Lámina 1.** Imagen de los trabajos de excavación de la campaña de 1990 sobre los cortes D1, D5 y D9. Al fondo la Torre de Sancho Manuel. Imagen inédita cedida por Andrés Martínez Rodríguez.

Para el sector B se planteó como cuadrícula de excavación la propia zona del interior del torreón, y el corte B-1 junto al lado noroeste de la torre para documentar la cimentación de la misma. En cuanto al primero es interesante destacar que, como apunta su excavador, a pesar de la potente cimentación que la estructura defensiva poseía, 2,30 metros, actualmente solo conserva 70 centímetros bajo tierra, lo que indica la significativa destrucción que este yacimiento viene sufriendo desde entonces (MARTÍNEZ, 1990, p. 151). Para el interior del torreón la situación tampoco fue mucho mejor. Tras un nivel superior de basurero contemporáneo, la estratigrafía se encontraba muy alterada a causa de una serie de agujeros que rompían el pavimento interior de la torre en busca de los tesoros que se esconderían en el subsuelo de la torre, llegando algunos a 1,50 metros de profundidad. Únicamente quedó intacto uno de los cuatro sectores en los que se había compartimentado el interior para su intervención, documentándose un gran espacio de planta cuadrangular o rectangular cuya funcionalidad pudo estar relacionada con el almacenamiento de productos agrícolas de finales del siglo I d. C. o principios del siglo II d. C. (MARTÍNEZ, 1990, p. 151). La secuencia cronoestratigráfica del sector B no presentó niveles anteriores a esta etapa romana. No obstante, estos sí aparecieron en el sector D donde, bajo las estructuras romanas, se detectaron una serie de estructuras de carácter artesanal correspondientes a un establecimiento de época ibérica, concretamente a un horno alfarero de planta circular en el corte D9 y dos balsas, una cuadrangular y la otra rectangular, en el D1 y el D5 respectivamente. En cuanto a las balsas, estas han permitido fechar la amortización de la segunda estructura a principios del siglo II a. C. (MARTÍNEZ, 1990, p. 153-154), abandonándose después esta zona de producción.

Fue bajo los niveles deposicionales de esta fase ibérica donde se encontraron en los cortes D5 y D6 una serie de estructuras arquitectónicas que presentaban un trazado regular que se relacionaron con el horizonte del Bronce final – Hierro antiguo a la luz de los datos que arrojó parte del material cerámico exhumado, con notables similitudes con elementos del repertorio vascular procedente de El Castellar de Librilla. Su localización, el estado de conservación de sus estructuras y la cercanía de estas respecto a la cota actual del suelo, a escasos 80 centímetros nos encontramos en esta fase, eran factores que hacían viable la continuidad de las intervenciones arqueológicas sobre la zona. A ello se añadía la potencialidad de los datos, tanto materiales

como arquitectónicos, que ya habían sido puestos de relieve tras una primera campaña de apenas un mes de duración. Sin embargo, y a pesar de cerrar la excavación de 1990 con una serie de objetivos a proseguir en el siguiente año, el propietario del terreno no renovó el permiso de intervención, quedando parada toda actividad arqueológica sobre el lugar hasta la actualidad.

No obstante, fueron muchas las cuestiones que no se trataron en profundidad, quedando este yacimiento, por desgracia, casi oculto en el panorama historiográfico del Bronce final – Hierro antiguo del sureste peninsular. Con todo ello, estas características hacían de La Torre de Sancho Manuel un yacimiento sumamente interesante para ahondar nuestro conocimiento sobre las comunidades indígenas de este horizonte cultural.

#### **4. LA SECUENCIA CRONOESTRATIGRÁFICA DEL YACIMIENTO**

Como explicábamos en el apartado anterior, la excavación llegó a niveles culturalmente adscribibles al Hierro antiguo únicamente en los cortes D5 y D6, por lo que centramos nuestro análisis en las evidencias de ambos cuadros como contexto estratigráfico asociado al período aquí sometido a estudio. El resto de las fases cronológicas posteriores quedan, por tanto, abiertas a futuros trabajos como fuente de primer valor a la hora de indagar acerca de la articulación del campo lorquino en épocas ibérica, romana o medieval.

En relación a los cortes referidos, es necesario plantear algunas cuestiones estratigráficas que sirvan como base arqueológica al resto de datos que expondremos a continuación. Como se exponía anteriormente, el valor de este yacimiento es sorprendente para el estudio de estas cronologías al encontrarse sus vestigios a escasos 80 centímetros de la superficie, teniendo apenas que excavar dos grandes niveles – nivel superficial y nivel I– para llegar a los estratos que aquí interesan: los niveles Ib, II y III. Por ello, nos centraremos brevemente en hacer una exposición de la definición que se realizó durante la intervención de 1990 a partir de las distintas capas estratigráficas detectadas según el corte correspondiente.

##### **Corte D5**

Se trata de una cuadrícula que ocupó una extensión de cinco por cinco metros de lado, reservando un espacio de testigo en un primer momento que lo diferenciaría del corte D1 y que, finalmente, también se excavaría para ver la superficie intervenida en extensión. En un primer momento de la excavación se individualizaron en el corte D5 tres espacios bien definidos: la habitación 1, de planta cuadrangular con un umbral de acceso de unos 70 centímetros (MARTÍNEZ, 1990, p. 144); la habitación 2, de morfología rectangular; y la habitación 4, espacio que antecedió al umbral de la habitación 1 pero que se vació parcialmente por la construcción de una estructura posterior.

En este corte se identificaron cinco niveles que, de muro a techo, se identificaron como a continuación se transcribe/refleja. El nivel superficial, ocupaba unos 60 centímetros desde la superficie y respondía al estrato correspondiente a los niveles de



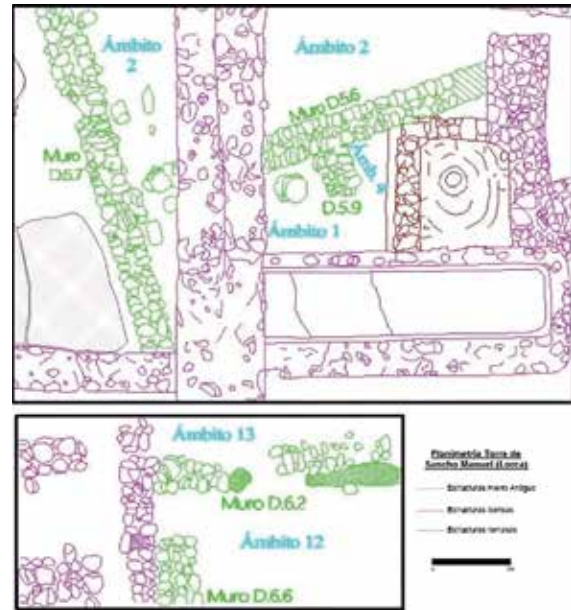
roturación agrícola. El nivel I, era un estrato de tierra marrón compacta pero con poca cerámica, y en el que aparecen los muros de la *villa* romana identificada cuyas cimentaciones se introducen cortando los estratos superiores del nivel II; se individualiza también un nivel Ib en un punto de la habitación 1 cuyos materiales son claramente adscribibles al Hierro antiguo, quedando directamente relación con el nivel II. El nivel II, estrato de color marrón claro anaranjado suelto, con carbones de pequeño tamaño en la habitación 1 y un pavimento de adobe beige sobre el que se encuentra material caído en la habitación 2; aparecen los muros D.5.6 y D.5.7. Por último el nivel III, de tierra marrón oscura con pequeños carbones y restos de enlucidos y adobes de color beige; además, en la habitación 1 aparece bajo el estrato III un posible pavimento o enlucido de color beige blanquecino.

#### Corte D6

Ocupó una extensión de 5 por 2,5 metros de lado y su apertura se decidió en el transcurso de la excavación, pues su intervención no estaba inicialmente prevista. Este corte se planteó al suroeste del corte D5, identificando también espacios asociados al Hierro antiguo, concretamente las habitaciones 12 y 13. En el caso de la primera, queda delimitada por los muros de piedra mediana D.6.2 y D.6.5, y se encontraba abierta tanto por su lado norte por un umbral que daba paso al ámbito 13, como al este por otro umbral de menores dimensiones que se encuentra cegado por el posterior muro romano. El muro D.6.2 ha sido interpretado como el umbral de acceso a esta dependencia, conservando además en su alzado interior, hacia la habitación 12, varios enlucidos blancos pintados de rojo (MARTÍNEZ, 1990, p. 151). En relación al ámbito 13, solamente se pudo excavar un espacio estrecho entre el muro D.6.2 y el perfil noreste, presentando en el estrato 2 manchas de adobe rojizo con cenizas que pueden pertenecer a un pavimento asociado a la fase de Hierro antiguo también documentado sobre el ámbito 12 (MARTÍNEZ, 1990, p. 151).

En este corte se detectaron cuatro niveles, siendo el superficial y el nivel I iguales que los excavados en el corte D5, y siendo diferentes los dos asociados al Hierro antiguo. El nivel II, tierra anaranjada compacta con manchas de adobe rojizo, cenizas y arcilla plástica verdosa, se asocian los muros D.6.2 y D.6.6, y las manchas de adobe rojizo con cenizas se atribuyen a un posible pavimento. Esta teoría se vería reforzada

por el hallazgo entre los estratos II y III de varias capas de enlucido de las que se llegaron a contar ocho. En el nivel III, estrato de tierra marrón clara suelta y limosa bajo pavimento, aparece bastante cerámica y se identifican derrumbes de adobe y enlucidos que no se llegaron a retirar al finalizar la campaña (Fig. 4).



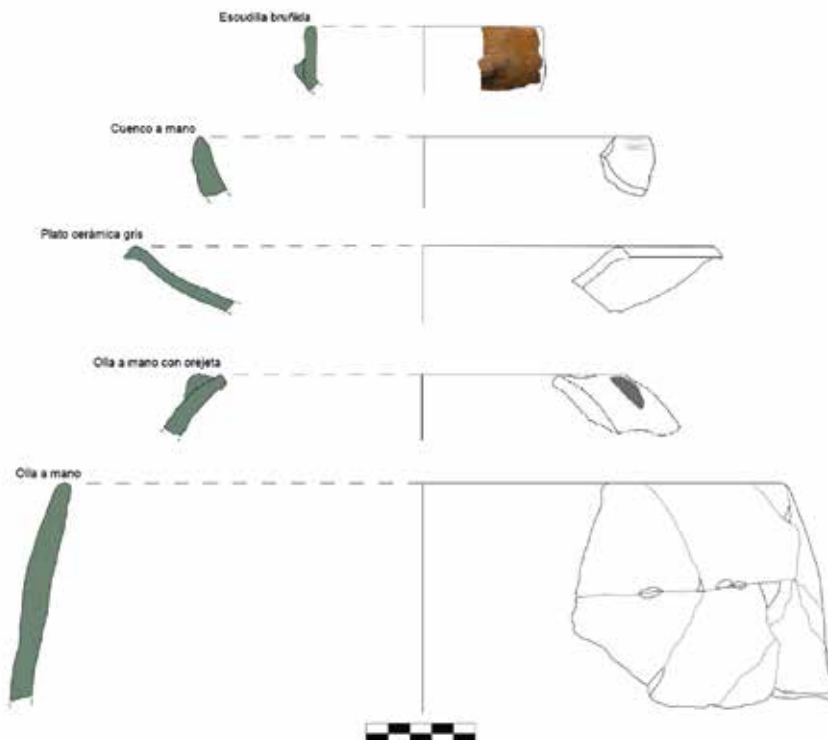
**Figura 4.** Planta de las estructuras excavadas en la Torre de Sancho Manuel, individualizando las estructuras por colores en función de su horizonte cultural. Elaboración propia a partir de la planimetría de A. Martínez Rodríguez (1990, p. 149).

A la luz de los datos, observamos una secuencia estratigráfica parcialmente similar, según la cual en ambos cortes aparece un nivel superficial correspondiente a las remociones agrícolas que cubren el nivel I, caracterizado este último por la presencia de los muros de la *villa* romana y por material cerámico revuelto donde predominan la cerámica romana y, en menor medida, cerámica ibérica. En cuanto al resto de niveles, exceptuando el Ib del corte D5, los niveles II y III tienen unas características casi análogas en ambas cuadrículas y parecen significarse como dos niveles que se suceden, diferenciados por niveles de pavimentación que están en consonancia con las diferencias que encontramos en el registro material de ambas fases.

Así, nos hallaríamos ante un primer momento del asentamiento que denominamos Fase I y que estaría en consonancia con el nivel III identificado en ambos cortes, para pasar, sin interrupción en su ocupación, a un segundo período cronológico que denominamos Fase II y que se relaciona directamente con los niveles II y Ib del yacimiento.

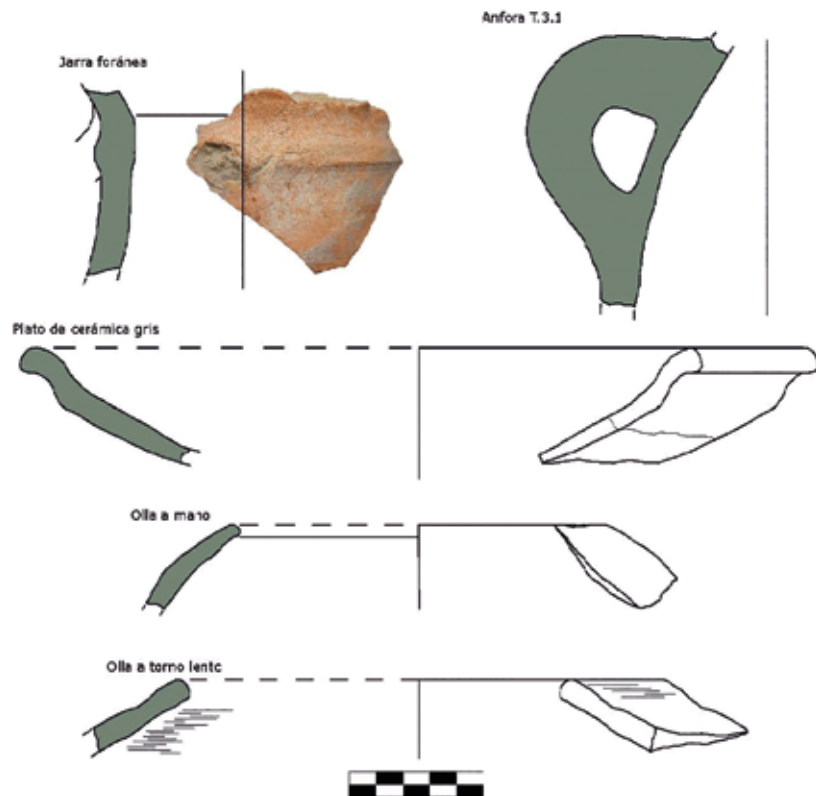
En esa primera fase del yacimiento se observa como las producciones a mano dominan el corpus cerámico con una presencia del 73 por % del total, frente a un 21 % de piezas a torno que proceden de fuera del yacimiento; y el inicio débil de producciones a torno lento, el 6 % del total, que reflejan los inicios de esta técnica entre los habitantes de la Torre de Sancho Manuel. En cuanto a la Fase II encontramos variaciones notables, como el hecho de que las producciones a mano y a torno se igualen con el 48 % y 41 % respectivamente, en parte por el aumento de los contenedores fenicios occidentales que alcanzan el 19 % del total, 25 % si consideramos también ánforas indeterminadas, y por la difusión de la cerámica gris a torno autóctona que ocupa un 9 %. Que estas dos producciones lleguen con mayor fuerza al asentamiento refleja la intensificación que se produce en los mercados de las cuencas Segura-Guadalentín durante finales del siglo VII a. C. y el primer cuarto del siglo VI a. C. (Fig. 5 y 6).

De esta manera, los contextos cerámicos estudiados nos retratan un corpus fechable entre finales del siglo VII a. C. y el primer cuarto del siglo VI a. C. La definida como Fase I de la Torre de Sancho Manuel se data a finales del siglo VII a. C. en tanto se ha vislumbrado un registro cerámico poco afectado por influencias externas –tanto fenicias occidentales como de los propios mercados autóctonos– que, en cambio, se intensificarán de forma clara en el siguiente siglo. Es entonces durante la Fase II cuando encontramos significativos paralelos con la Fase IVa de El Castellar de Librilla, fechada en el primer cuarto del siglo VI a. C. (ROS, 1989), y con la Fase VI de La Fonteta, 580-560 a. C. (GONZÁLEZ, 2014), marcando el *terminus ante quem* para la anterior. No obstante, es muy importante precisar el valor provisional de estas denominaciones, pues no conocemos cuál es la secuencia completa del yacimiento; ni siquiera el nivel III está excavado por completo, lo que nos obliga a que las designaciones que hoy proponemos sean reversibles en caso de volver a intervenir en el yacimiento con el fin de averiguar la secuencia completa y la evolución de esta fase cultural.



**Figura 5.** Selección de materiales cerámicos significativos procedentes de la Fase I de La Torre de Sancho Manuel. Elaboración Propia.

**Figura 6.** Selección de materiales cerámicos significativos procedentes de la Fase II de La Torre de Sancho Manuel. Elaboración Propia.

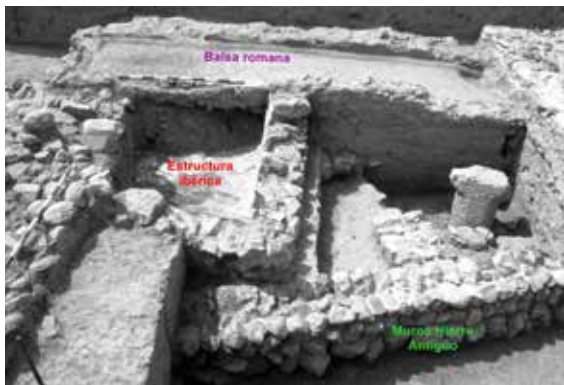


## 5. LA ARQUITECTURA DEL YACIMIENTO: LA PARTE DE UN TODO

Una vez que se han aclarado no solo las cuestiones cronológicas del yacimiento, sino también su estratigrafía, es hora de analizar uno de los puntos capitales que la Torre de Sancho Manuel ofrece: su urbanismo y su arquitectura. Pero no entendidos *per sé*, sino utilizados como una herramienta para poner el sitio en conexión con otros yacimientos del sureste peninsular de cronologías similares con el objetivo de poder entender no un mero asentamiento, sino un fenómeno histórico mayor. Es necesario apuntar que la información con la que contamos acerca de los vestigios arquitectónicos detectados durante la campaña de 1990 únicamente podemos asociarla con seguridad a la Fase II del yacimiento, ya que es sumamente arriesgado plantear cualquier hipótesis sobre la Fase I al desconocer su realidad arqueológica.

Bajo las estructuras romanas y las instalaciones manufactureras ibéricas se documentaron una serie de estructuras que presentaban un trazado este-oeste y norte-sur cuya morfología ya planteaba su pertenencia a un horizonte cultural más antiguo que el romano, hipótesis que respaldó el análisis del repertorio cerámico junto a los distintos elementos arquitectónicos que acompañaban las construcciones. En efecto, estas estructuras regulares se encontraban construidas con un zócalo de piedras de tamaño medio de hasta tres hiladas, alzados de adobe y pavimentos de tierra apisonada de colores claros (MARTÍNEZ, 1990, p. 151). Dichos adobes, cuya morfología para la Torre de Sancho Manuel desconocemos, se encontraban

trabados con arcilla muy plástica y verdosa, parecida a la que encontramos en otros asentamientos cercanos como en la Fase III de El Castellar, donde sobre altos y fuertes zócalos de piedra mediana carenada o grandes cantos de rambla apoyaban adobes rectangulares naranjas o amarillos colocados a soga y trabados con estos limos o arcillas verdosas (ROS, 1989, p. 125) (Lám. 2).



**Lámina 2.** Estructuras de las diferentes fases del yacimiento donde se identifican los zócalos en piedra mediana del Hierro antiguo en las cotas más bajas. Imagen inédita cedida por Andrés Martínez Rodríguez.

En cuanto a la técnica constructiva, este modelo murario sobre zócalo de piedra y alzado de adobe aparece en la cuenca del Guadalentín desde la sub-fase IIB de El Castellar, cuando en el último cuarto del siglo VIII a. C. se sustituyen los muros de tapial para construir con adobes rectangulares sobre zócalos poco consistentes de piedra menor de una o dos hiladas (ROS, 1989, p. 120) y que evolucionarán hacia la Fase III citada anteriormente donde la potencia aumentaría añadiéndose la arcilla plástica verdosa.

Más al este, ya en la cuenca del Segura encontramos un patrón próximo en Santa Catalina del Monte (La Alberca, Murcia), donde desde un cerro elevado que domina la vega baja del río se encuentra una casa de planta rectangular de 7,40 por 3,90 metros, con paredes de adobes que apoyan sobre un zócalo de piedra pequeña que alcanza más de un metro en la cara norte y oeste al estar levantados sobre altos muros de adecuación de la ladera (ROS, 1986-1987, p. 84). Esquema muy similar al identificado en Peña Negra I (Crevillente, Alicante), con unas estructuras de paredes alzadas con materiales ligeros y percederos en torno a la primera fase de ocupación del sitio, en el 850 a. C. aproximadamente, que evolucionan

hacia las estructuras identificadas en el corte E en las que se construye con paredes de arcilla roja y algunas piedras de pequeño tamaño (GONZÁLEZ, 1990, p. 36-37).

Regresando al yacimiento lorquino, sus muros sostendrían una techumbre que, probablemente, seguiría algunos de los patrones de construcción que vemos en otros asentamientos contemporáneos de la cuenca del Guadalentín o del Segura. Para Los Saladares (Orihuela, Alicante) sus excavadores plantearon la existencia de una techumbre vegetal que no hubiera sido plana al no haber encontrado ningún poste o elemento sustentador de un techo plano (ARTEAGA y SERNA, 1979-80, p. 82-83). De esta manera podría seguir el mismo patrón de cubierta planteado para la casa DM de Librilla, si bien para este último caso se identificaron agujeros de poste que hicieron optar por la solución de un techo a dos aguas (ROS, 1989, p. 120). En cualquier caso, los datos para nuestro yacimiento son insuficientes para hacer siquiera cualquier planteamiento al respecto.

En cuanto a las paredes, estas se encontraban revocadas con un enlucido blanco como vemos en las estructuras de los cortes D5 y D6, pero en este último aparece en el ámbito 12 un enlucido pintado de rojo (MARTÍNEZ, 1990, p. 151). Dichos paramentos decorados aparecen en gran parte de los distintos yacimientos indígenas del sureste para estas cronologías y significarse como un indicador de la «aceleración urbana» que González Prats (1990, p. 98) identifica durante el Hierro antiguo por influencias fenicias. Dichas decoraciones las encontramos en Peña Negra II, con un enlucido pintado con motivos en rojo con haces de líneas perpendiculares y un motivo consistente en triángulos opuestos por su vértice (GONZÁLEZ, 1990, p. 96); en El Castellar III, donde generalmente eran de color amarillo salvo en la casa DM donde eran rojos (ROS, 1989, p. 127) y que evolucionarán hacia motivos más complejos geométricos o estrellados durante la Fase IV pintados en rojo, negro, azul y/o blanco (ROS, 1989, p. 137); en Santa Catalina, donde se aplica un revoco amarillo que se utiliza como soporte del enlucido rojizo para las paredes interiores de la vivienda (ROS, 1986-1987, p. 84); o en Los Almadenes (Hellín, Albacete), donde se detectan en numerosas estancias interiores del gran edificio central de 330 metros cuadrados del yacimiento (SALA y LÓPEZ, 2000, p. 1886).

Parece producirse, pues, una adaptación por parte del mundo indígena que va más allá del mero intercambio de productos –continentes y/o contenidos– ya que, junto a la adopción de soluciones arquitectónicas como el ángulo recto o los zócalos de piedra, también se evidencian trasvases culturales e ideológicos en tanto que la elección de unas determinadas decoraciones –los enlucidos rojizos sobre revoques blancos o amarillentos– conlleva la adquisición de unos gustos foráneos. Estos, además, no solo presentan una realidad de simple intercambio o apropiación de nuevas técnicas, sino que la adquisición de esta costumbre implicaría la adopción de unos nuevos gustos por parte de las comunidades indígenas que escapan al registro propiamente material, conformando modas que se expanden rápidamente por áreas geográficas importantes.

Por último, es necesario señalar la existencia de un elemento singular que destaca en el asentamiento por su excepcionalidad: la parte superior de una columna caliza que se encontró en el ángulo formado entre los muros D.5.6 y D.5.9 del ámbito I. Esta tiene su fuste aplanado para señalar dos caras paralelas, presentando en su parte superior unos abultamientos muy toscos y deteriorados (MARTÍNEZ, 1990, p. 144). En una de las caras tiene una moldura cóncava labrada que conecta ambas extremidades y que bien podría ser un elemento tanto decorativo como de sujeción. El hallazgo de este elemento arquitectónico pétreo, de un peso considerable, en las inmediaciones de un acceso ha permitido plantear a su excavador que pudiera funcionar como jamba de una entrada y que al derrumbarse quedase volcada (MARTÍNEZ, 1990, p. 144) (Lám. 3).

No obstante, no se han encontrado paralelos en cuanto a un elemento de este tipo en los yacimientos conocidos del sureste, autóctonos o foráneos, y su presencia lleva a diversas cuestiones tanto sobre el propio elemento, como en torno a la intencionalidad de su ubicación. El dotar la entrada de una estancia con un elemento cuya ejecución y transporte conllevaría un esfuerzo importante, lleva a considerar una funcionalidad de la estancia diferente al resto. Además, dicho esfuerzo no solo sería palpable en el trabajo y traslado del elemento, sino que la jamba de la puerta que la sostuviese debería configurarse más resistente para aguantar este peso. Asimismo, también cabe preguntarse si habría otro elemento similar en la otra jamba de la puerta, respondiendo a un esquema pre-determinado y simétrico, si bien esta segunda jamba

se encuentra cubierta por una de las balsas ibéricas, dejando numerosas dudas y pocas respuestas en torno al carácter de esta parte de la columna que bien podría denominarse como capitel.



Lámina 3. Capitel de la Habitación 1. Fotografía del autor.

## 6. CONSIDERACIONES FINALES: LA APERTURA DE UNA NUEVA ETAPA

«Quizás aún no llego a mi meta,  
pero hoy estoy más cerca de lo que estaba ayer».  
Anónimo

Abrimos este apartado final con esta cita anónima al considerar que recoge, de forma esencial, la situación en la que nos encontramos dentro de nuestra línea de investigación. Con este trabajo se da un paso adelante situando el yacimiento de la Torre de Sancho Manuel dentro de los procesos históricos identificados para los siglos VII y VI antes de Cristo no solo en sureste peninsular, sino para que sirva como caso de estudio susceptible de ser comparado en relación con otros procesos similares que se dan en otros puntos de la península Ibérica, el mar Mediterráneo o el océano Atlántico durante esta cronología. En consecuencia, entendemos este asentamiento no como un yacimiento aislado, sino como participe activo en este contexto desde una posición poco conocida para los asentamientos de esta cronología a nivel peninsular: las tierras llanas aluviales del valle del Guadalentín.

La revisión de los materiales cerámicos, la consulta del diario de excavación o el estudio arquitectónico a una escala más amplia han permitido sacar a la luz una serie de nuevos datos que ayudan a comprender mejor el yacimiento desde diferentes puntos de vista. Gracias a las dos primeras tareas se ha planteado una cronología del yacimiento que se apoya directamente en la secuencia estratigráfica identificada durante los trabajos de excavación. El principal resultado de esta labor ha sido la definición de las dos fases que, por el momento, conocemos de este asentamiento durante el Hierro antiguo: una Fase I que se sucede a finales del siglo VII a. C., donde el yacimiento parece encontrarse más aislado de las corrientes comerciales bidireccionales que se llevan desarrollando desde finales del siglo VIII a. C.; y una Fase II en el primer cuarto del siglo VI a. C. donde el asentamiento entra a formar parte directa de ellas al intensificarse los intercambios materiales con ambas partes.

Dicha cronología se ve, además, refrendada a partir de los datos urbanísticos y arquitectónicos que el equipo de Andrés Martínez Rodríguez extrajo durante la campaña de 1990. El objetivo respecto a estas informaciones que habían sido ya publicadas consistía en utilizarlas como nexo de unión con el resto de asentamientos conocidos en el sureste peninsular. De esta forma, creemos haber expuesto cómo las diferentes estrategias constructivas y/o decorativas de las estructuras de este yacimiento responden a unas motivaciones que implican la adopción de nuevas modas, ideas y tecnologías por parte de los grupos indígenas que también se expanden en otros escenarios peninsulares.

No obstante, pese de haber encontrado nuevas respuestas a nuestras preguntas, la potencialidad de este yacimiento en cuanto a volumen de información sobre esta época es ingente, aunque si tuviéramos que pensar en un objetivo principal, aquel que más llama nuestra atención es poder conocer la secuencia estratigráfica de la Torre de Sancho Manuel. Dicho avance sería de gran utilidad para ver si los inicios del yacimiento responden al fenómeno de creación de asentamientos de nueva planta que se da en las cuencas del Segura y el Guadalentín a finales del siglo VII a. C., o si, por el contrario, estamos ante un yacimiento de origen anterior, pregunta abierta hasta que se conozca la potencialidad del estrato III y la posible existencia de niveles anteriores. Igualmente sería de gran valor retomar los estudios sobre este

paradigmático asentamiento de llanura con el fin de averiguar su relación en ese horizonte primigenio con el desarrollo de Lorca, centro de primer orden y vertebrador del territorio que, ante la imposibilidad por el momento de averiguar datos de su núcleo principal, quizás se pueda conocer mejor cuanto mayor sea la información con la que se cuente de su territorio.

A pesar de todos estos planteamientos y conclusiones respecto al yacimiento, si hoy nos acercamos a este paraje arqueológico nada recuerda a que allí exista un yacimiento arqueológico a excepción de la propia Torre de Sancho Manuel. Esta torre, a diferencia de la villa romana, el área artesanal ibérica y el hábitat del Hierro antiguo, ha sido respetada, mientras que el resto de yacimiento se encuentra destinado a la plantación agrícola y expuesta a los trabajos de roturación relacionados. Tras la realización de una intervención arqueológica y de la declaración y delimitación de un entorno de protección arqueológica, el sentimiento que aparece cuando visitamos el lugar es el de haber retrocedido treinta años y observar un yacimiento de nuevo en peligro, sintiéndonos ahora más culpables de su desprotección al conocer el valor que este yacimiento arqueológico tiene tanto para la comunidad científica como para la sociedad en general y no haber hecho nada la administración para resolver esta situación (Lám. 4).

**Lámina 4.** Fotografía actual del estado en el que se encuentra el yacimiento de la Torre de Sancho Manuel, cubierto por una plantación agrícola y donde se detectaron obras tanto de remociones de tierra como de realización de zanjas sin ningún tipo de supervisión. Fotografía del autor.



## BIBLIOGRAFÍA

- ARANEGUI GASCÓ, C. «El Hierro antiguo valenciano: las transformaciones del medio indígena entre los siglos VIII y V a. C.». *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*. Alicante. 1985, p. 185-200.
- ARTEAGA MATUTE, O. «Los Saladares-80. Nuevas directrices para el estudio del horizonte proto-ibérico en el levante meridional y sudeste de la Península». *Huelva Arqueológica*. 1982, núm. 6, p. 131-182.
- ARTEAGA MATUTE, O.; SERNA GONZÁLEZ, A. «Los Saladares-71». *Noticiario Arqueológico Hispánico*. 1975, núm. 3, p. 7-140.
- ARTEAGA MATUTE, O.; SERNA GONZÁLEZ, A. «Las primeras fases del poblado de Los Saladares (Orihuela, Alicante): una contribución al estudio del Bronce final en la Península Ibérica». *Ampurias: revista de arqueología, prehistoria y etnografía*. 1979-1980, núm. 41-42, p. 65-138.
- ARRUDA, A. M. *Los fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a. C.)*. Barcelona. 2002.
- AUBET SEMLER, M. E. *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Barcelona. 2009.
- CORREA CIFUENTES, C. «Presencia fenicia en la transición Bronce final reciente-Hierro antiguo en el entorno de la rambla de las Moreras, Mazarrón (Murcia)». *Estudios Orientales*. 2001-2002, núm. 5-6, p. 485-494.
- DELGADO HERVÁS, A. «Cerro del Villar, de enclave comercial a periferia urbana: dinámicas coloniales en la bahía de Málaga entre los siglos VIII y VI a. C.». En: GARCÍA, D.; MORENO, I.; GRACIA, F. (coords.). *Contactes. Indígenes i fenicis a la Mediterrània occidental entre els segles VIII i VI a. C.* Barcelona. 2008, p. 69-88.
- ELAYI, J. *Histoire de la Phénicie*. París. 2013.
- FONTELA BALLESTA, S. *La circulación monetaria romana en el valle del Guadalentín*. Murcia-Ayuntamiento de Lorca. 1992.
- GARCÍA BLÁNQUEZ, L. A. «El cerro de La Fuente del Murtal, Alhama de Murcia (1ª campaña 1991): poblado fortificado de transición Bronce final/Hierro antiguo en el eje de poblamiento Segura-Guadalentín (Murcia)». *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*. 1996, núm. 5, p. 65-85.
- GARCÍA CANO, J. M.; INIESTA SANMARTÍN, A. «Excavaciones arqueológicas en el Cabezo de la Rueda (Alcantarilla). Campaña de 1981». *Excavaciones y prospecciones arqueológicas en la Región de Murcia*. Murcia. 1987, p. 134-175.
- GARCÍA GANDÍA, J. R. *La necrópolis orientalizante de Les Casetes (La Vila Joiosa, Alicante)*. Alicante. 2009.
- GARCÍA MENÁRGUEZ, A.; PRADOS MARTÍNEZ, F. «La presencia fenicia en la Península Ibérica: el Cabezo Pequeño del Estaño (Guardamar del Segura, Alicante)». *Trabajos de Prehistoria*. 2014, núm. 71, p. 113-133.
- GONZÁLEZ PRATS, A. *Excavaciones en el yacimiento protohistórico de la Peña Negra, Crevillente (Alicante): 1ª y 2ª campañas*. Madrid. 1979.
- GONZÁLEZ PRATS, A. *Nueva luz sobre la protohistoria del Sudeste*. Alicante. 1990.
- GONZÁLEZ PRATS, A. *La necrópolis de cremación de les Moreres (Crevillente, Alicante, España): siglos IX-VII a. C.* Alicante. 2002.
- GONZÁLEZ PRATS, A. *La Fonteta. Excavaciones de 1996-2002 en la colonia fenicia de la actual desembocadura del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante)*. Alicante. 2011.
- GONZÁLEZ SIMANCAS, M. *Catálogo Monumental de España. Provincia de Murcia*. Manuscrito del Centro de Estudios Históricos-CSIC. Madrid [ref. de 18 de febrero de 2016]. 1905-1907. Disponible en web: <[http://biblioteca.cchs.csic.es/digitalizacion\\_tnt/index\\_interior\\_murcia.html](http://biblioteca.cchs.csic.es/digitalizacion_tnt/index_interior_murcia.html)>.
- HERNÁNDEZ CARRIÓN, E.; GIL GONZÁLEZ, F. «Encachados tumulares del Bronce final / Hierro antiguo en la Necrópolis del Collado y Pinar de Santa Ana (Jumilla, Murcia)». *Anales de Prehistoria y Arqueología*. Murcia. 2001-2002, núm. 16-17, p. 73-94.
- LOMBA MAURANDI, J.; CANO GOMARIZ, M. «El Murtal: un sistema fortificado de finales del s. VII a. C.». *XXIV Congreso Nacional de Arqueología*. Cartagena. 1999, p. 21-30.
- LOMBA MAURANDI, J.; CANO GOMARIZ, M. «El Cabezo de la Fuente del Murtal (Alhama): Definición e interpretación de una fortificación de finales del siglo VII a. C. e inicios del VI en la rambla de Algeciras (Alhama de Murcia, Murcia)». *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*. 2002, núm. 11, p. 165-204.
- LORRIO ALVARADO, A. *Qurénima: el Bronce final del sureste de la Península Ibérica*. Madrid. 2008.
- LORRIO ALVARADO, A. *La necrópolis orientalizante de Boliche (Cuevas de Almanzora, Almería)*. Madrid. 2014.
- MANCHA ESPINO, S. «El yacimiento arqueológico del Hierro antiguo de "Los Casarejos" (Lorca, Murcia)». *Alberca. Revista de la Asociación de Amigos del Museo Arqueológico de Lorca*. 2010, núm. 8, p. 41-60.
- MARTÍNEZ ALCALDE, M. «Excavación arqueológica en la zona de La Alberca (Lorca, Murcia). Un horno alfarero de los siglos VII-VI a. C. y un centro comercial y militar de época tardopúnica y romana». *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*. 1999, núm. 14, p. 213-260.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. «Primera campaña de excavaciones en la villa romana de la Torre de Sancho Manuel (Lorca)». *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*. 1990, núm. 5, p. 141-158.
- MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, A. «Las torres del campo de Lorca como complemento defensivo de una ciudad de frontera». En: SEGURA ARTERO, P. (coord.). *Actas del Congreso la Frontera Oriental Nazarí como Sujeto Histórico (s. XIII-XVI)*. Almería. 1997, p. 161-173.
- MOLINA GONZÁLEZ, F. «Definición y sistematización del Bronce tardío y final en el sudeste de la península Ibérica». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*. 1978, núm. 3, p. 159-232.
- PARDO BARRIONUEVO, C. A. *Economía y sociedad rural fenicia en el Mediterráneo Occidental*. Sevilla. 2015.
- PUJANTE, A.; MARTÍNEZ, A.; MADRID, M. J.; BELLÓN, J. «Excavación arqueológica de urgencia en el poblado del Bronce tardío de Murviedro (Lorca)». *XIII Jornadas de Patrimonio Histórico y Arqueología Regional*. Murcia. 2002, p. 26-30.
- RAMALLO ASENSIO, S. F. «Hallazgos de la Edad del Bronce en el Llano de los Ceperos (Ramonete, Lorca)». *Anales de la Universidad de Murcia*. 1981, núm. 38, p. 25-37.
- RAMÓN TORRES, J. *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo Central y Occidental*. Barcelona. 1995.
- RAMÓN TORRES, J. «Eivissa fenicia i les comunitats indígenes del sud-est». En: GARCÍA D.; MORENO I.; GRACIA



- F. (coords.). *Contactes. Indígenes i fenicis a la Mediterrània occidental entre els segles VIII i VI a. n. e.* Barcelona. 2008, p. 39-53.
- ROS SALA, M. M. «Nuevas aportaciones para el conocimiento del Bronce final en el complejo arqueológico Parazuelos-Llano de los Ceperos (Ramonete-Lorca, Murcia)». *Anales de Prehistoria y Arqueología*. 1985, núm. 1, p. 117-122.
- ROS SALA, M. M. «El poblado de Santa Catalina del Monte: una aproximación a la urbanística del siglo VI a. C. en el ámbito territorial del eje Segura-Guadalentín». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*. 1986-1987, núm. 13-14, p. 77-88.
- ROS SALA, M. M. «Cerámicas del Bronce tardío y final de las laderas del cerro del Castillo (Lorca, Murcia)». *Homenaje al profesor Juan Torres Fontes*. Murcia. 1987, p. 1481-1491.
- ROS SALA, M. M. *Dinámica urbanística y cultura material del Hierro antiguo en el valle del Guadalentín*. Murcia. 1989.
- ROS SALA, M. M. «La ocupación pre y protohistórica de la Punta de los Gavilanes (Puerto de Mazarrón): su aportación a la configuración del paisaje histórico de Mazarrón. Actuaciones realizadas en 2005 y proyecto de valorización». *XVII Jornadas de Patrimonio Histórico: intervenciones en el patrimonio arqueológico y etnográfico de la Región de Murcia*. Murcia. 2006, p. 91-96.
- ROUILLARD, P.; GAILLEDROT, E.; SALA SELLÉS, F. *L'établissement protohistorique de La Fonteta (fin VIIIe - VIe siècle av. J. C.)*. Madrid. 2007.
- RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M. *Con el fenicio en los talones. Los inicios de la Edad del Hierro en la cuenca del Mediterráneo*. Madrid. 2013.
- SALA SELLÉS, F.; LÓPEZ PRECIOSO, F. J. «Los Almadenes (Hellín, Albacete), un poblado orientalizante en la desembocadura del río Mundo». En: BARTHÉLEMY, M.; AUBET, M. E. (coords.). *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*. Cádiz. 1995, p. 1885-1894.
- SÁNCHEZ GONZÁLEZ, M. J.; MEDINA RUIZ, A. J.; SANCHÉZ GONZÁLEZ, M. B. «Prospecciones arqueológicas sistemáticas en el valle del Río Vélez o Río Corneros (Lorca, Murcia)». *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia*. 2000-2003, núm. 15, p. 1125-1176.
- SCHUBART, H. «Alarcón. El yacimiento fenicio y las fortificaciones en la cima de Toscanos». En: GONZÁLEZ, A. (coord.). *Fenicios y Territorio. II Seminario Internacional sobre temas fenicios*. Alicante. 2000, p. 263-294.
- VILLADA PAREDES, F.; RAMÓN TORRES, J.; SÚAREZ PADILLA, J. *El asentamiento protohistórico de Ceuta. Indígenas y fenicios en la orilla norte africana del Estrecho de Gibraltar*. Ceuta. 2010.